

Lápices desorientados

Por Yunet López



Caricatura: Pedro Coto.

Hoy de nuevo la maestra la llevó a la dirección. “Al parecer la palabra tarea no está en tu diccionario”, fueron sus palabras mientras recorrían el pasillo hasta aquella oficina a la que le había aprendido cada cuadro de la pared y mancha del piso, por visitarla casi todas las semanas.

Elena tiene dos motonetas desorientadas y el uniforme parece sacado de una botella, el cuarto grado no ha sido nada fácil. Sus libretas enseñan las puntas dobladas como queriendo tocar los márgenes, y entre borrones y letras torcidas copia las clases. Todo eso sale a relucir en los regaños del director y una vez más escucha la advertencia de repetir el grado, seguido de: “mañana no vengas si no es con tu papá”.

Si esa invitación hubiese sido hace algunos meses, seguramente Pedro estaría en la puerta del aula a las ocho en punto, preocupado por los estudios de su hija; pero desde que siente un “cariño” especial por el alcohol, las circunstancias son diferentes.

La tarde se vuelve amarga para Elena cuando llega de la escuela y contempla el vaso con aquel líquido transparente, casi incendiario, en el piso, al lado del sofá. Y él tumbado allí, como un náufrago, con el cuerpo rendido y los ojos quemados, mientras el olor a alcohol infecta toda la casa.

Quizás este hombre no se ha percatado aún de en qué se ha convertido, tal vez en el fondo esté avergonzado de ello, pero la bebida es una nube gruesa que le impide observar y solo le deja balbucear algunas palabras incoherentes, llorosas a veces y otras irascibles, y mostrarse siempre entre la semiinconsciencia y el sopor.

Ser alcohólico va más allá de sentir náuseas y temblores, quejarse de las consecuencias de un hígado tostado o acudir sin importar nada a calmar la ansiedad sintiendo al ron prenderle fuego a la garganta.

A Pedro, esta adicción no le permite educar a su hija, disfrutar el placer de sentarse con ella a resolver los cálculos pendientes o analizar la gramática de una oración; no lo deja quitarse la etiqueta humillante de borracho o sacarse del fondo la vergüenza que le queda para tratar de caminar sin tambalearse.

Comenzó tomando solo en fechas señaladas, luego los fines de semana, después todas las tardes para descansar de la jornada laboral, y ahora solo piensa en llegar al bar y pedir un trago o comprar una botella, la misma que antes escondía entre las sábanas de alguna gaveta y ahora no le interesa dejar al descuido, acompañando así al vaso en el suelo.

El alcoholismo no solo afecta la salud, sino también la estabilidad doméstica y la sociedad, en la cual hay muchos Pedro, y desgraciadamente, muchas Elena también.

Es necesaria la ayuda a familias como esta y también alertar sobre las consecuencias de tales comportamientos, de modo que disminuyan los naufragios hogareños y, mientras los lápices escriben las tareas, una voz paternal guíe los trazos.